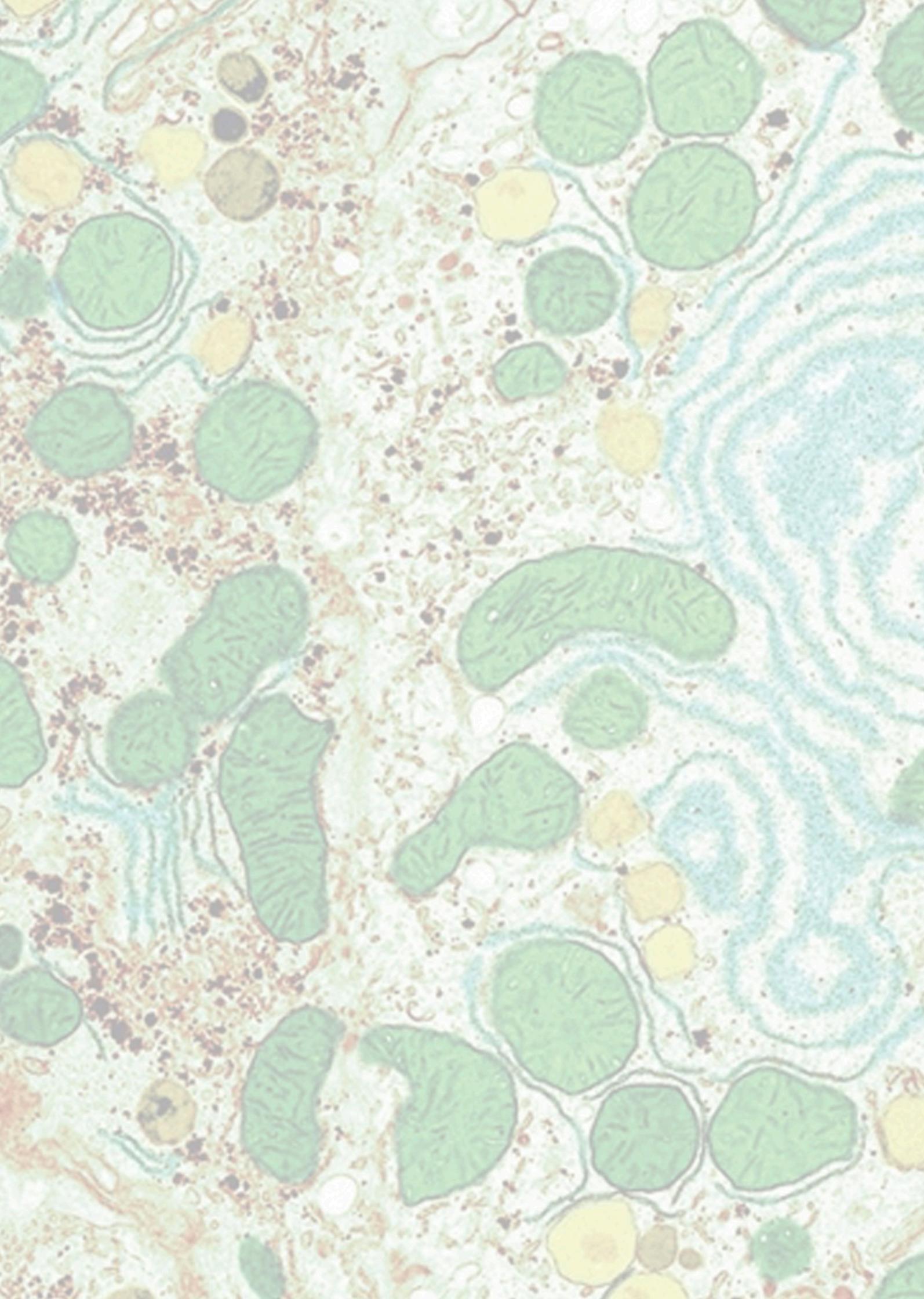
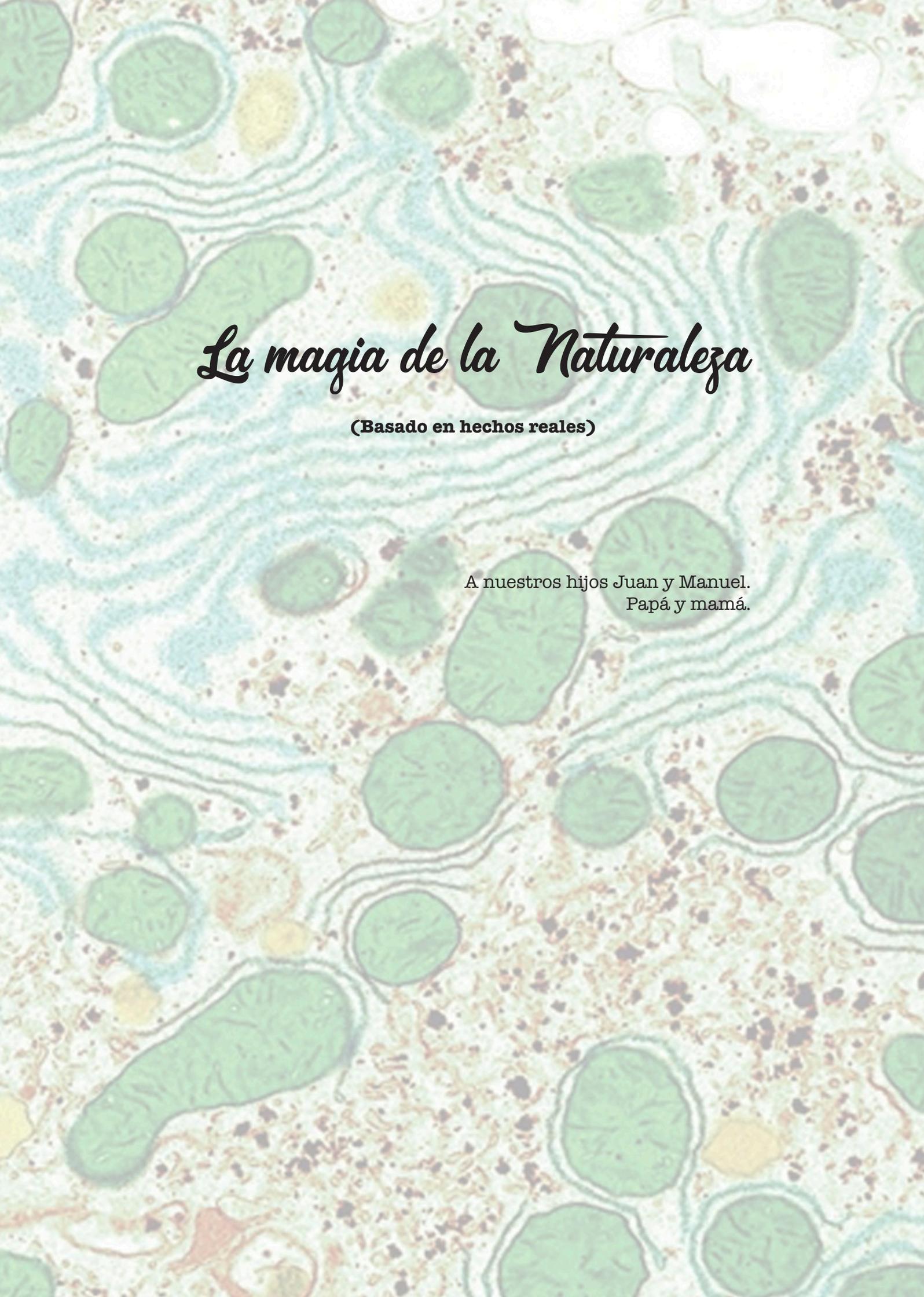




La Magia de la Naturaleza

Escrito por María Jesús Norte
Ilustrado por Juan Avellano



The background of the page is a detailed, artistic illustration of plant tissue, likely a cross-section of a leaf or stem. It features numerous green, oval-shaped cells with visible internal structures like chloroplasts and cell walls. The cells are arranged in a somewhat regular pattern, with some larger, more elongated cells interspersed among smaller ones. The overall color palette is dominated by various shades of green, from light lime to deep forest green, with some brown and tan speckling that suggests natural pigmentation or staining. The style is reminiscent of a scientific illustration or a watercolor painting.

La magia de la Naturaleza

(Basado en hechos reales)

A nuestros hijos Juan y Manuel.
Papá y mamá.



Al llegar la primavera, Juan, de seis años, soplabla una esfera algodonosa de vilanos: uno de esos pompones naturales, blancos y delicados. Casi transparentes.

Es un invento de la Naturaleza para llevar la semilla de la planta montada como en un cohete hasta donde la lleve el viento. Para asegurar la reproducción hay cientos de semillas repartidas entre otros tantos vilanos, para recorrer la mayor distancia posible y así propagar la especie.

Tan delicados que, a veces, se deshacen en parte al arrancar su tallo; y en su totalidad al soplar con fuerza sobre ellos.

Los vilanos se dejan mover caprichosamente por el viento. Juan, alborozado, saltaba, intentando recuperar en sus manos alguna de las pelusas blancas desperdigadas. Otros se posaban rápidamente a ras de tierra.

La madre de Juan, que hacía más de diez años había estudiado Biología, aunque casi el mismo tiempo llevaba sin ejercer, le preguntó:

-“Adivina adivinanza”: ¿Sabes qué era este pompón?

-No.

-Era el “diente de león”: esa flor amarilla, de color tan llamativo, que tú me regalabas a la vuelta del colegio. ¿Qué te parece?

-¡Magia!, dijo Juan con los ojos desorbitados y gran alegría de que algo así sucediera. ¡Menuda sorpresa!

A él No se le hubiera ocurrido ni siquiera imaginar, jamás, algo así. ¡Antes era todo amarillo y un redondel plano! ¡Ahora era todo blanco y transparente!, como una esfera de gasa. Como una pelota diminuta, o mejor, con el tallo parecía un gran “chupa-chups”. Aunque No era para chupar. ¿Aparecía por arte de “birle - birloque”? -No.

-Sí; es Magia de la Naturaleza. Magia de Dios que es la Vida, y ha diseñado tantísimas cosas y sorprendentes. Ha creado todo con amor y originalidad.





-Pero, mamá, ¿por qué se ha deshecho el pompón tan bonito?
-Porque cada vilano llevaba una semilla que cae en tierra y recibe agua y se deshace. Con nutrientes crecerá una nueva planta. Más flores amarillas, que a su vez se transformarán en otros tantos pompones. Todo, en la naturaleza, para dar la vida, tiene que morir.

-Mamá, y, ¿conoces más magia de la Naturaleza?
-¡Claro! Todo en la Naturaleza está lleno de magia. Tú mismo: con una célula de mamá y otra muy chiquitita de papá...

-¿Qué es una célula?
-Una célula es la parte más pequeña de nuestro ser, que realiza todas las funciones, como nosotros: come, respira...; una célula es como un ladrillo del edificio de nuestro cuerpo. Nuestro organismo tiene muchísimas células, pero como te decía, una de papá y una de mamá se fusionan, se dividen en dos, cuatro, ocho... ¡ta-ta-ta-chán! Y aunque No “por arte de magia”, sino por el Artista Dios, después de estar en la tripita de mamá nace un bebé que crece hasta ser un niño grande y guapo, como tú, que puede seguir viendo, oyendo, aprendiendo...

-Me gustaría tener un hermanito, o mejor, ser siete y yo uno de ellos. (Juan tiene unos primos que son siete hermanos).

A la hora de merendar, Juan, que había estado atento y contento, volvió a preguntar fascinado:

-Mamá: ¿Hay más magia?
-Sí, respondió su madre. Has visto parte de la magia de las plantas, algo de la magia de las personas. Hay magia de los elementos minerales que pasan de un estado a otro.

Piensa en un huevo. Crudo tiene clara y yema líquidas. Si lo cueces el líquido cambia a sólido, con otro color. Magia po-tagia. “De bóbilis bóbilis” hervir con agua ha modificado estado y color.





Yo creo que la varita mágica tiene su origen en la vara de Moisés: la que delante del Faraón se convirtió en serpiente; la que dividió en dos las aguas del mar Rojo, la que convirtió agua amarga en dulce, la que sacó agua de la roca.

Otro ejemplo en la Naturaleza: Cuando llega el invierno descienden mucho las temperaturas. La superficie del agua de los lagos se congela. “Nada por aquí, nada por allá”: la temperatura ha bajado y la superficie del lago de líquido a sólido ha pasado: ¡Alehop!, se ha congelado.

-Yo he visto en los dibujos animados cómo hacían un redondel en el hielo del lago para poder pescar en el agua de abajo.

-Pues eso. Y otras veces verás que van a patinar, pero por debajo sigue siendo todo agua y los peces viven sin quedar aprisionados por el hielo. Y sigue la magia del ciclo del agua. El calor de la primavera derrite el hielo y además, sin necesidad de utilizar “polvos mágicos”, sin tener que contar: 1, 2 y ¡3! se puede evaporar el agua, ¡sin verla!: ¡se ha hecho invisible!: lo verás, pero ya No lo verás, o dicho de otro modo: ahora está, ahora No está.

Cuando se junta con otras muchas gotitas de agua, como ella, hechas vapor y refresca, se hacen de nuevo agua, deshaciéndose la nube que habían formado.

-Otra vez desaparece algo: ahora la nube.

-Así es. “Abra cadabra, pata de cabra” (son palabras que se utilizan en magia, aunque No son necesarias. Aunque las diga una bruja piruja) Así tenemos agua para beber, lavarnos y alimentarnos y las plantas crecen. La nube muere para que nosotros vivamos.

Todavía a la hora de acostarse, como hipnotizado, volvió a preguntar Juan:

-¿Sabes de más tipos de magia?

-La magia de las estaciones, respondió, sonriente, su madre.





A ella le entusiasmaba el tema y gozaba con la emoción e interés de su hijo.

-Hay árboles de hoja caduca: que se cae. Deja de llegar alimento a las hojas, pierden su color y caen poco a poco durante todo el otoño. Parecen muertos en el invierno, con cuatro ramas desgarradas: así los almendros, plátanos de sombra, álamos, sauces llorones, etc.

Reviven por primavera. Son una primicia de la Resurrección: Lo que parece muerto recobra vida en abundancia. Todo rebrota, retoña y estalla en nuevas yemas. Y se despliega un universo de flores: diminutas, grandes y medianas, con tantos colores y tantas fragancias, de pétalos aterciopelados, repletas de belleza. Si una es hermosa, la otra lo es más.

-Claro, como las amapolas y las margaritas y las rosas y tulipanes.

-Y las malvas y el jazmín, el olor favorito de la abuela Pilar y los lirios, la flor preferida de papá... Dentro de poco comeremos albaricoques y aromáticos melocotones y picotas, mi fruta preferida y riquísimos y refrescantes melones, que tanto te gustan a ti. Para que crezcan es necesario el tiempo del invierno. Mamá, que tiene altibajos, a veces preferiría todos los días con sol y nunca nublados. Entonces No crecerían en otoño uvas, higos y castañas.

-Prefiero las frutas del verano. En invierno sólo me gustan los plátanos.

-Ya. El año pasado descubriste lo ricas que son las fresas. ¿O será la nata la que está rica? A mí también me gustan más las frutas de verano. Aunque las batatas asadas y las castañas cocidas... me las hacía mi mamá.

De forma necia, sin mucho pensar, tu madre, a veces preferiría estar igual siempre: muy equilibrada. Pero, si No hubiera invierno y falta de sol, No se contrastaría que aunque los álamos se hayan quedado desnudos, los pinos, cedros, abetos y cipreses, están siempre vestidos de su verde hojarasca. Son de hoja perenne.





Voy a decirte el nombre con que los botánicos conocen al ciprés: *Cupresus sempervirens*, ciprés siempre verde, siempre viviente. Es un nombre difícil. También “Súper-califragilístico-espialidoso”, ¿recuerdas la canción de la película de la niña Mary...?. (Juan sabe).

El ciprés, siempre verde, años y años, como una cabeza de flecha, señala al cielo.

[1.- *Nota del autor*- que se lo digan al único ciprés del claustro de Silos al que Gerardo Diego ha escrito un soneto, y escolta a los benedictinos al tiempo que recibe la melodía de su canto Gregoriano que lo esponja y ensancha su tronco].

Por eso hay tantos cipreses en los cementerios. Hacen subir el cuello hacia arriba.

Recuerdan que un día nos veremos, siempre vivientes, y más: vivificantes, todos juntos en el cielo.

Allí te esperan tus abuelas; primero llegó la abuela Pilar; después la abuela Carmen. Aunque en el cielo ya NO hay relojes.

El ciprés, con su follaje, nos dice, sin palabras: como mis hojas duran para siempre, la vida dura para siempre, aunque pase por la muerte.

-¿Como si la muerte fuese un túnel, al final del cual se vuelve a ver la luz?

-Eso, después la luz es muchísimo mejor. Ya No hay noche, y se acaban las penas, cansancios y lloros.

-¡Qué bien, mamá!

-Sí. Mi amiga Teresa, en su infancia, recordaba, como el ciprés, que Dios hizo al hombre “para siempre, siempre, siempre”.

Los cipreses son muy sabios, porque en los cementerios se proclaman palabras profundas y verdaderas.

Muchas de las cosas que fuera son importantes, allí No lo son. Todo ocupa su puesto, como las piezas de un rompecabezas, en los cementerios.

-¿Sabes que cementerio, en griego, significa dormitorio?





Como se dice en la lapidación de San Esteban, además de que él perdonó a sus verdugos: **“No les tengas en cuenta este pecado. Y diciendo esto se durmió.”** [Act 7,60 b].

Los primeros cristianos a morir llamaban dormir.

-No sé si sigo todo, pero me encanta hacer rompecabezas.

-Sí, se te da bien. Rematando, los cipreses son sabios porque miran mucho al cielo. El ciprés es el árbol favorito de mamá. Dios dice: **“Yo soy como un ciprés siempre verde”**.

Ya lo leerás, en un profeta de la Biblia, cuando hagas la Primera Comunión. [Os 14,9] Y otro profeta dice: **“en lugar del espino crecerá el ciprés”** [Is 55,13] El ciprés simboliza la vida, cuya fuente es Dios solo.

Como ves he vuelto a nombrarte la magia de las plantas. Me pusieron muy buena nota cuando estudiaba Botánica. ¡tengo cariño a las plantas. ¡Son tantas! Y ¡tan bonitas! Y con hojas de todas formas. Algunas sirven para hacer perfumes, otras medicinas, madera, alimento...

A Juan se le iban cerrando suavemente los ojos y No sé si del final se enteró. Tampoco sé lo que soñó. Pero, a la mañana siguiente, camino del colegio, de nuevo preguntó:

-Mamá, ¿ya me has contado toda la magia?

-No, cielo. La magia de la naturaleza, la magia de la vida es inagotable. Se produce sin necesidad de utilizar “capa de invisibilidad”, sin sacar un conejo de la chistera. Sin “truco del almendruco”. No se puede acabar nunca de contar: es incontable, inagotable, inenarrable, inaudita.

Durante la merienda mamá le dijo: ahora voy a decirte la magia de unos animalitos. A mí me gustó muchísimo cuando lo aprendí y también a mi amiga Teresa.

[2 Santa Teresa de Jesús lo recoge en su libro Las Moradas (5 M 2,2) La autora de este cuento estudió en el colegio Jesús Maestro, de teresianas de S. Enrique de Ossó.]





En primavera, de unos pequeños huevecillos nacen unas larvas u orugas, pequeñas y delgadas, que crecen muchísimo alimentadas con hojas de morera, hasta parecerse a gusanos; así se les llama “gusanos de seda”. Una larva cambia varias veces de piel a lo largo de su vida. Son las mudas.

-¿Como cuando yo me mudo de ropa?

-Mejor, como cuando se descama tu piel, tostada por el sol del verano, “te pelas” y nace una nueva capa de células. Una nueva piel.

A los pocos días de la cuarta muda, el gusano es grande y comienza a hilar el capullo de seda, que es la sustancia que segrega. Con la seda se hacen telas preciosas. ¿Te acuerdas de la corbata de papá azul con lunarcines blancos? Es de seda.

[3 El nombre científico del gusano de seda es *Bombix mori*. Los escritores han resaltado el “memento mori”: recuerda la muerte y el “ars morendi”: arte de morir.]

El capullo por fuera transforma al gusano en...¡lo verás, pero ya No lo verás!: crisálida: le salen alas, patas y antenas! Y se convierte en ¡trrr-trrr- ta-tá! (redoble de tambor) ¡una mariposa!, ¡magia!

¡Hyper-metamorfosis! -vaya, otra palabreja!

Unos veinte días después de haberse iniciado el enclaustramiento del “gusano”, coincidiendo con el re-nacimiento de la vida en primavera, la mariposa agujerea el capullo y sale. ¡Magia! Un mago te hubiera dicho: Sopla una y otra vez. Sopla para que se dé la magia. Quizá otro diría: “Ábrete, Sésamo”. No es necesario tu soplo. Lo dicen para distraer del truco que todo ejercicio de magia convencional tiene. Creo que esto lo han copiado de la Creación de Dios sobre el hombre, que es mucho más que la magia.

Dice el Génesis, el libro bíblico sobre el origen del hombre, que “Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente.”

[Gn 2,7]





Y en otro lugar dice el Señor a Ezequiel: profetiza: “Ven, espíritu de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos para que vivan...” y revivieron. [Ez 37,9]

Insuflar, soplar, infundir, son sinónimos.

Sin truco, dice Dios: Lo digo y lo hago. “Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis.” [Ez 7,26]

Dios dice y hace: ¡su palabra es eficaz! “sus palabras son obras” Dice: *Hágase la luz* y la luz se hace. Y así todo. Dios creó todo, todo, todo, de la nada.

Volviendo al capullo, no necesita la Naturaleza de “bombo y platillo”: actúa callada y discretamente. Un ser ha pasado de vivir arrastrándose por el suelo a elevarse por las alturas: vivir volando por los aires.

-¿Te ha gustado el relato de la magia de la metamorfosis compleja del gusano de seda?

-Sí. Y a mí también me gustaría volar.

-A todo hombre. Según la mitología Ícaro lo intento. Y también Leonardo. Pero eso es otra historia.

El final enlaza el principio. La mariposa vive pocos días pues No come.

Pone de 100 a 400 huevecillos que permanecen enteros todo el invierno. Al comenzar la primavera nacen de ellos nuevas larvas.

-Y así vuelve a empezar.

-Sí. Como dijo Jesús: “Si el grano de trigo No cae en tierra y muere, No da fruto, pero si muere da mucho fruto”. [Jn 12,24]

A la mariposa de la seda No le importa morir para dar nueva vida.

Al grano de trigo tampoco, para dar una espiga. A los salmones No les importa remontar el río con esfuerzo, corriente arriba, para desovar y al precio de su vida dar el relevo a otra generación. También esta es otra magia preciosa que te contaré otro día.

Ahora juega hasta el baño. Nos hemos entretenido y ya se han pasado los dibujos animados.

Al acostarle, mamá dijo:

-Un beso, cielo. Dulces sueños.

-Y tú también, mamá.



La madre de Juan pensaba: ojalá comprendas, a lo largo de tu vida, que:

-El vilano puede girar con el viento, subir hasta el cielo, para llevar la semilla, fuente de vida, aunque se rompa su anterior estructura, para dar una nueva.

-El agua puede evaporarse, subir hacia el cielo, para juntarse con otras gotas en una nube, que, al deshacerse, supone fecundidad y vitalidad.

-El ciprés señala hacia el cielo, porque el cementerio No es el final de nuestro camino. Despertar tras dormir. Es como una base de lanzamiento para el fin del destino.

-La mariposa de la seda recuerda que se puede pasar de la tierra al cielo, sin truco, por la programación de su información genética.

Todo esto son imágenes, figuras, ejemplos, esbozos, bocetos, como maquetas, que nos enseñan que también nosotros un día, seremos transformados, subidos hacia el cielo, transfigurados. Porque papá y mamá somos testigos, hijo, de que **“Cristo Jesús... ha destruido la muerte y ha hecho irradiar vida e inmortalidad por medio del Evangelio”**, como dice San Pablo. [2Tm 1,10]

Todo tiene arreglo, incluso la muerte. Nuestra historia tiene un final feliz. Otro día te explicaré por qué sé yo esto.

Años después ratifiqué que la magia de la Naturaleza es real. No tiene nada que ver con la ficción imaginaria que practica Harry Potter. Ya decía mi amiga Teresa que “la imaginación es la loca de la casa”.

Cuando Juan tuvo 7 años nació su hermano Manuel (Dios con nosotros).

Muchos años después, Juan contó un chiste en la sobremesa:

-¿Qué le dirías a un pez?

-¡¿?!

-Nada.

Y sigue Juan:

-¿Qué le diría un mago a un pez?

-¿?

-Nada por aquí, nada por allá.

